

EL LIBRO DEL PUEBLO.

VALE CUARTILLA este periódico, y se publica los Martes y Viernes de cada semana.

{ TOM. I. }

PUEBLA, MARZO 2 DE DE 1849.

{ NUM. 1. }

En la vida de los hombres así como en la de los pueblos, se presentan acontecimientos de suma importancia para la humanidad, dignos de observarse y meditarlos por todos los que interesados en la felicidad del género humano, desean vivamente avanzar cada día más en la larga carrera de la civilización. En todas las naciones que componen la gran familia humana ha depositado la Providencia los gérmenes del bien, cuyo desarrollo es más o menos favorable según las circunstancias y según la buena o mala aplicación que hacen los hombres de los medios puestos a su alcance para conseguirlo. ¡Desgraciados aquellos pueblos que con sus crímenes trastornan el orden establecido desde el principio de los tiempos por el Autor Supremo de las sociedades! Sensible es por cierto el decirlo; pero los sucesos que ha presenciado en nuestro infortunado país la presente generación, son tales, que el entendimiento humano no puede menos que atribuirlos a causas muy conocidas. El mal uso que a la vez hemos hecho todos los mexicanos de los ricos elementos que plugo a la Providencia poner en nuestras manos, sirviéndonos aun de las cosas más santas para conseguir fines bastardos, produjo como era de esperarse una completa desmoralización en todas las clases de nuestra sociedad, y como consecuencia de este grave mal, todos aquellos crímenes que violentamente devoraron las entrañas de todos los miserables que vimos la primera luz en este desafortunado suelo.

Empero tamaños males acaecidos en una serie dilatada de años no nos han hecho caer en el escepticismo político; es cierto que por todas partes se ven con dolor los escombros de una sociedad desgastada por el egoísmo y las pasiones innobles de sus hijos; es igualmente cierto que aun no acaban de desaparecer de entre nosotros hombres de infantes recuerdos que no se alimentan más que con las revoluciones, y cuyo estado normal es la inmoralidad; pero apesar de todas estas causas destructoras del orden y armonía que deben presidir a todos los siglos, tenemos aun fe de que afeccionados los

mexicanos como debemos estarlo, en la escuela del infortunio, trabajaremos de consuno por afianzar la paz y consolidar la unión, únicos vínculos que sostienen a los pueblos.

En todas las naciones que poseen el precioso bien de la civilización, los periódicos son el órgano de la opinión pública; por ellos se conocen a punto fijo las ideas que dominan en un país, bien sea en religión bien en política; ellos ponen de manifiesto las necesidades de los gobiernos y señalan los remedios oportunos para subvenir a ellas; son por último, la prueba más evidente del estado de cultura en que se encuentran los pueblos, y de los progresos que éstos han hecho en las ciencias y en las artes. Desgracia es por cierto lamentable, que en nuestro país en todo excepcional, los periodistas no hayan seguido las huellas de los grandes escritores, pues que perteneciendo siempre a algún bando político de los que han contribuido en gran manera a corromper nuestra sociedad, no se han propuesto otra cosa que predicar doctrinas destructoras y anárquicas, que de día en día se han extendido en el pueblo, principios absurdos en política, máximas erróneas é inmORALES, que en pocos días han hundido al país en un abismo espantoso de abyección y miseria.

Convencidos como el que más de estas verdades, y deseando con avidez como buenos mexicanos, amantes de la prosperidad y bienestar de nuestra querida patria, contribuir aunque sea con una mínima parte a su engrandecimiento y felicidad, nos hemos propuesto dar a la luz pública nuestros trabajos, no teniendo a la vista otro objeto que sembrar en el pueblo aquellas ideas, que por su naturaleza tienden a reanimar el espíritu público muerto entre nosotros, a respetar los gobiernos, a prestar obsequio a las leyes, por último, a conseguir la paz y la unión, bienes inestimables que no han germinado en nuestro suelo.—EE.

